A Parte Rei. Revista de Filosofía

Principios para una Ética de la Instalación Social

Patxi López de Tejada Flores

Prólogo

En el curso de la historia de la teorización ética científica, el objeto de la misma en cuanto que esclarecimiento de las vías que pudieran conducir a la persona a la felicidad, entendida ésta como estado de plenitud existencial, se nos aparece como denominador común de todas las aproximaciones a un sistema de orientación conductual. Cierto es que el otro de los grandes lugares comunes a los tratadistas éticos es la designación del bien como finalidad suprema y natural del ser humano en su realidad estructural moral, pero la conclusión en la optimidad de la felicidad, y la definición o creación de virtudes o valores bivalentes (lo que hacía feliz se entendía bueno, y lo bueno era siempre la fuente de la felicidad), velaban un discernimiento integral del bien humano individual como la acomodación máxima posible del sujeto a su circunstancia (en muchas ocasiones apórica con dichas felicidades concebidas), impidiendo la versión de esfuerzos intelectivos en ese sentido.

Demasiadas veces se ha confundido la situación universal de partida como una situación ideal: cuando se reconocía el componente necesario de mínima suficiencia material (a interpretar en su sentido más amplio, y a la que habría de añadirse la espiritual), se construía obviándolo una ética exclusiva y excluyente, de virtualidad evidentemente parcial.

Y no ha sido una carencia menor de toda esta trayectoria la ausencia generalizada de la búsqueda de una presupuestación interiorizable, de una "composición de lugar" ética que sirviera de bagaje al individuo en confrontación con las grandes cuestiones de la circunstancia humana, a pesar de su tremenda utilidad en orden a perfeccionar la mencionada acomodación a dicha circunstancia.

El presente ensayo tiene por aspiración la inquisición de esa presupuestación, la iluminación de algunos anclajes, en lo que a la actividad humana en su dimensión social se refiere. Nos ha parecido en cierto modo necesario incorporar, o al menos intentar hacerlo, al acervo accesible a la persona en su cultivación intelectual una serie de planteamientos, de "a priorismos" tal vez, que le representen con mayor o menor fidelidad ese espacio que existe entre la inexistencia del individuo y su integración social, ese espacio real y posible de existencia asocial, la consciencia del cual es imprescindible para escapar a la absolutización del entorno (y a la consiguiente trágica sumisión a y disolución en éste cuando es hostil), y que le provean de una instrumentación de él emanada adecuada para una reconstrucción de la propia instalación en la socialidad.

Y la representación del mencionado espacio nos ha parecido especialmente pertinente por el evidente fracaso que la formulación más significativa en ese sentido había experimentado en su objetivo de moralizar la relación sociedad *versus* individuo: el contractualismo social. En efecto, la creación de una mítica netamente literaria y

fatalmente destinada a ser contextualizada, por una parte, y la definición de un esquema de pacto bilateral tan absurdo en la globalización de sus contenidos como en la recíproca atribución de su suscripción y elaboración en una situación caracterizada por su espontaneidad y factualidad, hacían que dicho paso precisara, sin perjuicio de su innegable operatividad como iniciación a la relativización del hecho social, de una completa revisión conceptual.

La lección, por último, de la instalación en la socialidad como objeto de análisis responde a cierta impresión de carencia en ese ámbito de la investigación ética: como Freud pone de manifiesto en "El malestar en la cultura", de las tres fuentes del sufrimiento humano (a saber, el mundo exterior, las relaciones con los demás y el propio cuerpo), la socialidad es quizás aquella en cuya cauterización menos ha avanzado la civilización (en gran parte tal vez por su inasibilidad e irreductibilidad a las ciencias naturales). Esa labor era, por tanto, más complicada y perentoria, más atractiva.

1. La Alternativa Perpetua, Aislamiento o Muerte.

El hombre es un ser constitutivamente social: sólo accede a un nivel supraanimal de acomodo material y de crecimiento interior (educando el pensamiento) a través de la civilización, y la mayor parte de sus procesos mentales (los más elevados siempre) tienen lugar en términos relacionales. ¿Es posible una vida verdaderamente humana sin relaciones inmediatas con otras personas?.

No es difícil que el individuo se encuentre ante tesituras (una casuística sería imposible y absurda –por su parcial relatividad) que estime insoportables como consecuencia de sus relaciones con otros seres humanos, y tampoco lo es que la intensidad, recurrencia o cumulación de éstas le conduzcan a concluir la necesidad de aislarse de toda la sociedad (no nos estamos refiriendo, evidentemente, a un supuesto de hastío de unas relaciones en concreto, sino al de una convicción de la incapacidad de la personalidad para desarrollarse plenamente en un entorno social). La respuesta a si ese individuo puede acceder a una vida en soledad conservando el curso de su evolución humana ha de ser objeto de una serie de precisiones.

La primera es que ha de matizarse si la aspiración versa sobre una privación de relaciones profundas o sobre una privación material de la convivencia física con los demás: esta segunda es sólo materialmente asequible a un reducido número de personas, y nunca segura (no podemos inducir al resto de los integrantes de la Humanidad a respetar nuestra decisión). Por ello, y dado que es ciertamente posible acceder a un aislamiento pleno (con ese contenido de privación de relaciones profundas), nos referiremos a y optaremos por ese aislamiento que en adelante llamaremos espiritual.

Una razón añadida para la elección de esta fórmula será la de que nos permite preservar gran parte de las oportunidades de engrandecernos y alcanzar la felicidad, al posibilitar las virtudes relacionales (casi todas lo son), tanto a escala individual como colectivo-política, dentro de nuestra opción hermética (esta cuestión será más ampliamente tratada en el Capítulo quinto del ensayo).

La segunda precisión atañe a la determinación de las relaciones sociales cuya extinción se aborda: la lectura de publicaciones ajenas y casi siempre la escritura, la escucha de composiciones musicales y la contemplación de obras plásticas son, en sentido amplio, actividades sociales, y su interrupción supone en duda la del desarrollo personal. En una primera aproximación podemos referir nuestro aislamiento a las relaciones inmediatas (no mediatizadas por el tiempo o el espacio) subjetivas, que

nazcan y reposen en la subjetividad; son ellas el origen principal del malestar social y con ello el germen de la voluntad de separación.

Y el aislamiento así delimitado, finalmente, será aún inasequible a ciertas personas en ciertos momentos: las posibilidades de control y opresión mental no son por desgracia escasas, y muchas situaciones de padecimiento nos ponen en demanda del servicio y la caridad ajenos, lo que sin duda genera relaciones profundas. ¿Desaparece aquí la alternativa a la socialidad?.

(También se da una limitación de acceso por razón de las castraciones mentales de perspectiva operadas en la endoculturación –positiva- y la ausencia de ésta a causa de la incultura –negativa-, pero esa patología se combate obviamente con divulgaciones como la presente).

No, sin duda. Queda todavía entre los recursos libertarios de la persona uno de los más preciosos bienes con que su condición consciente le ha obsequiado: la disponibilidad sobre la propia vida. Si la circunstancia nos condena a una socialidad que hemos considerado impracticable en felicidad, permanece por abrir la puerta del suicidio.

La muerte es, no obstante, un paso irretornable, el fin, y por tal naturaleza se hace obvio que ha de procederse, siempre, a varias cavilaciones antes de darlo. Una de ellas, la primordial quizás, es la que sopese si las relaciones sociales (particulares o generales) son hasta tal punto inaceptables transitoria o definitivamente, habida cuenta del misterio de nuestra existencia (¿estamos legitimados para quitarnos una vida que no hemos dado?, recordar a Dios creador se hace imprescindible en este trance, y la resolución ha de ser muy fuerte para dar la espalda a inmensa realidad del arcano), y de la repercusión de nuestra separación en los demás: desapegarse de dependencias materiales y espirituales ajenas es incurrir en una inmoralidad, un mal a todas luces sólo comisible en justicia en razón de la evitación de otro mayor (subjetivo, claro está).

Siempre, y con todo, se nos aparecerá insignificante cualquier esfuerzo por racionalizar, por moralizar este paso: la muerte nos es tan extrínseca, tan radicalmente extrínseca (con independencia de la posibilidad de sujetarla a la acción de nuestra voluntad), que un discernimiento claro es imposible por la carencia de perspectiva objetiva.

Y sin embargo lo importante, lo verdaderamente importante de la posibilidad extrema del suicidio no se difumina en esa nebulosidad: su trascendencia como principio interiorizable de un presupuesto de las relaciones sociales (la vida humana en su totalidad).

Y bien, hemos tratado hasta ahora (era necesario) de las opciones del aislamiento y la muerte en su viabilidad, oportunidad y contenido, pero se hace preciso mencionar su mayor significación a los efectos de esta inquisición: su mera entidad opcional, o mejor, la consciencia de tal. Es la consciencia de la opcionabilidad lo que nos hace alcanzar una visión e interpretación de nuestra actividad social en su conjunto que la hace más humana, más ética: no podemos, ante una coyuntura concreta, negar la naturalidad o espontaneidad de nuestra dimensión social, pero el tener presente unas alternativas tangibles a ella nos será siempre útil para objetivar dicha socialidad.

Este es el sentido de la invocación de tales posibilidades de acción, constituir el presupuesto de la integración social, hacer que el sujeto, por el conocimiento de alternativas, entre en posesión de la elección, convierta su socialidad en libre. Sólo el individuo que se logre representar de una forma vagamente continuada un momento anterior de elección a cada uno de los pasos de su implicación social, que conozca la inmediación de su posibilidad de asir la renuncia, soportará las adversidades que le concurran, sin sucumbir ante ellas.

2. Prudencia Originaria

Ahora bien, el arrastre de las mencionadas tomas en consideración a lo largo de todos los desarrollos de nuestras relaciones sociales conlleva una consecuencia si a la luz de ellas construimos nuestra actitud integral en dichas relaciones: la necesaria relativización del sentido de la vida y de las dedicaciones que en ella tenemos. En este capítulo vamos a analizar la actitud que habría de nacer, en coherencia con la representación de las alternativas de la muerte y del aislamiento, ante el natural apego que experimentamos en nuestra trayectoria existencial hacia ciertas cosas, personas, actividades o proyectos que nos resultan particularmente cercanos.

Y decimos ante esos componentes vitales particularmente cercanos porque si bien un sentimiento de apego global al pulso de la existencia es quizás algo que va en la misma dirección que ellos y los integra, que es su lógica sublimación, el mismo no se ve directamente afectado por la inestabilidad intrínseca que constituye el argumento fundamental para optar por la relativización de los primeros.

En efecto, la experiencia nos dice que la especial interiorización de un anhelo de proyección terrenal, la sensación de realización personal y trascendencia en el despliegue de actividades concretas, un vínculo especial con ciertos entornos y objetos materiales o ciertas personas pueden suponer sujeciones en algún modo incondicionales a voluntades ajenas, y en algunos casos auténticas esclavizaciones a éstas, así como un lastre considerable para la consciencia de la inmediatez de las salidas extremas.

El ansia de perduración que dichos apegos conllevan de por sí implica siempre el ansia que del resto de los sujetos exhiban comportamientos por acción u omisión (de respeto pasivo o, cuando menos, de no injerencia negativa), esperar algo de los demás den definitiva, todo lo cual deviene en un apego a dichas esperanzas relacionales que difícilmente casa con la aprehensión de las salidas de desvinculación total.

Cierto es que no es idéntico el grado de esas esperanzas vertidas sobre los humanos coexistentes que cada apego comporta: la necesidad de la concurrencia de otras voluntades que un arquitecto patológicamente vocacional experimenta si desea materializar sus proyectos no es la misma, por la obvia disparidad de sus accesibilidades materiales, que la de un poeta inspirado por la divulgación de su obra; como tampoco son parejas la de un teórico político con la visión de plasmar su ingeniería estructural social y la de alguien empeñado radicalmente en la autosuperación, en el alcance de estados superiores de consciencia mediante el esfuerzo personal; a fin de cuentas el vínculo con otra individualidad nunca admitirá punto de comparación a ese respecto con el nexo a un objeto inerte. Sin embargo, el elemento de esperanza está presente, consciente o inconscientemente, en todos, y con él de intrínseca inestabilidad, por lo que la actitud de relativización ha de ser básicamente la misma ante todos esos sentimientos, aunque sin duda también proporcionada (en razón no sólo de su nivel de dependencia y por lo tanto de inestabilidad, sino asimismo de su operatividd en el desarrollo personal).

Cabe preguntarse en virtud de todo ello si no es en cierto modo preciso un cierto despego de toda inquietud terrenal si realmente queremos tener presentes las opciones originarias, vivir con ellas: el problema vuelve a ser el planteado en el principio, si, dado el carácter de todas esas dedicaciones, aspiraciones y afectos de contenidos fundamentales de una vida realmente humana, no supondrá en definitiva la asunción de esa actitud una obstaculización al libre desarrollo personal (que ha de discurrir naturalmente por aquellas vías).

Para esclarecer la jerarquización entre ambos valores habrá de tenerse en cuenta que, si hemos convenido en aceptar el tratamiento de la socialidad humana

expuesto en la primera parte de este ensayo, la ostentación continua de unas alternativas a la misma es un presupuesto de la instalación social, y con ello de la explicitación de todos esos aspectos de la humanidad, en tanto que están revestidos de relevancia social. Habríamos de optar en consecuencia por la contemplación de los mismos en sus justos términos relativos, contemplación que, si es adecuadamente tomada, no ha de influir en la intensidad de esas inquietudes ni en su consideración de campos para las realización personal, sino sólo en su valuación.

Se trataría en conclusión de proceder a un condicionamiento (presupuestario también), de la atención a esas inclinaciones en función de la medida en que queden preservadas de dependencias alienantes nuestras autoposesión y autodeterminación existenciales.

3. La Superación.

Y ahora, abordadas ya la presupuestación por la representación de las opciones originarias, por una parte, y sus consecuencias en lo que a la consideración de cierto tipo de inquietudes vitales se refiere, por otra, vamos a dar tratamiento a la forma de afrontar las otras dos clases principales de inquietudes que tienen incidencia en nuestras relaciones: el miedo al mal propio y ajeno; y nuestros condicionamientos naturales pro–sociales.

Ambos factores son también e igualmente negativos en cuanto a nuestra emancipación y señorío de decisión, al causarnos dependencias y alienaciones: el miedo a los males no es al fin y al cabo sino el apego a la ausencia de ellos convertida en bien (cualquiera que sea el nombre con que se le llame, vida, paz, salud, bonanza...), y por lo tanto la sumisión otra vez a las voluntades ajenas; y el doblegamiento ante la naturalidad y constancia de ciertos empujes hacia la relación humana no hace sino encerrarnos en ella cuando muchas veces nos desespera.

Y la solución para despegarnos de su opresión es fundamentalmente la misma en los dos casos: la superación, esto es, la aceptación cabal de su pulsión en la represión de su operatividad como condicionantes en nuestras elecciones (lo que es sin duda algo muy lejano a su elusión mediante cualquier género de evasividades).

Para superar el miedo a los males se hace de algún modo preciso proceder a una reducción de los mismos inicial: los principales males cuyo temor amenaza al ser humano son claramente la muerte y el dolor físico y espiritual, en lo atinente a males propios, y la constancia de los mismos (su repercusión) en la persona o personas con los que se siente uno especialmente vinculado, o en los seres humanos y sus grupos genéricamente, en lo atinente a males ajenos.

Como hemos dicho, paso necesario es su aceptación: no creo que nos sea posible en plena consciencia anular perdurablemente nuestro temor a la muerte y al dolor físico o espiritual; pero a partir de ahí, ha de ser su observación en tanto que generador de dependencias lo que nos impulse a no obrar como si él fuera nuestro único elemento motriz, a hacer abstracción de su sentimiento en nuestras resoluciones. Vivir con ello, sí, pero vivir por encima de ello: la disposición de nuestra vida está mucho más al alcance de cualquiera de lo que creemos, y las posibilidades de que de uno u otro modo se nos cause dolor son infinitas; sólo si asumimos el riesgo y aceptamos el advenimiento de lo malo y de lo peor como acontecimiento naturales, y por ello indiscutibles y afrontables, podremos vivir libres de la espada de Damocles de la perpetua inquietud precavidora (esto es, sumisa) frente a los otros por él desatada.

Y por lo que a la pulsión que desde nuestros condicionamientos naturales nos versa a la relacionalidad social se refiere, la superación aquí habremos de construirla (una construcción siempre perpetua e imperfecta en el sentido etimológico de la palabra, por supuesto) a través de un proceso dinámico de autodominación del

instinto, análogo a aquellos que son desarrollados para posibilitar la convivencia civilizada. Se trataría, como lo hemos mencionado, de una actitud de aceptación, por un lado, de la existencia de esas de alguna manera "necesidades" y de su radicación constitutiva en nuestra naturaleza, y por lo tanto del despliege de una actividad de represión de las tendencias nacidas y de abstracción–huída de cualquier determinismo (tanto material como representado –consecuentemente con su identificación y aceptación-) en que nos pudieran hacer incurrir.

Y un paso previo a la adopción de esa actitud ha de ser inevitablemente la identificación de lo que de real instinto natural haya en dichas "necesidades": la carga de convencionalismos socio-históricos que les han sido incorporados (y en la que somos endoculturados) puede llegar a tener más peso en el sentimiento que los instintos mismos. Así, si tomamos por ejemplo la relación de pareja, si intentamos despojar a su necesidad de los lugares sociales comunes cambiantes por una parte, y del ingrediente físico-sexual por la otra, nos puede llegar a ser realmente dificultoso el encuentro de su núcleo instintual originario. Cierto es que en dichas aproximaciones consuetudinarias y rituales de las sucesivas sociedades a las imperatividades relaciones que habitan el alma humana reside muchas veces un simple reconocimiento y consagración culturales de las mismas, pero no lo es menos que la barroca y exagerada elaboración de sus presentaciones habitualmente obscurece su inteligencia primordial.

Y así, finalmente, sólo mediante sendas superaciones de ambos factores, mediante la independización y abstracción frente a los temores y consiguientes constantes precauciones sumisoras que los males sobrevenibles suscitan y mediante la paralela independización represora respecto de nuestros impulsos naturales a la socialidad (unidos a las ya abordadas asunciones de alternativas y prudencias originarias), podremos introducirnos en la relación social en unos términos justos y opcionalmente libertarios para nosotros en cuanto que individualmente naturalmente humanas.

4. Ante las Socializaciones.

Y ahora, tras haber operado una instrumentación completa del presocialidadismo, y antes de pasar a la composición de una somera orientación de la intrasocialidad en los dos últimos capítulos, vamos a abordar en este la postura que en coherencia con el espíritu de este escrito se ha de mantener ante las teorías y posturas socializadoras con las que la persona entra más o menos en contacto a lo largo de su experiencia vital y de su cultivación, ya sean estas proyectos políticos, éticas religiosas o meras iniciativas o hábitos sociales.

En toda sociedad, es decir, en todas la civilizaciones culturales y en todos los momentos históricos, se han dado unas pautas altruistas o prosociales de conducta y pensamiento integradas en la respectiva moral vigente, y a esta constante humana se ha venido a añadir desde la aparición de los movimientos políticos en sentido amplio y la más reciente de la ideologías en sentido estricto la oferta al sujeto de sumarse en el seno de una postura concreta a la reflexión y acción sobre las problemáticas colectivas, eso es evidente. ¿No encuentra el ser humano (como por otra parte ya hemos dicho) en la trascendencia de su propio yo y en el sacrificio en aras de intereses que le son muchas veces ajenos a que dichas vías le conducen gran parte de su grandeza como tal y frecuentemente el principal componente del sentido de su vida?. Sin ningún lugar a dudas, sí. ¿Es la participación activa en esas dimensiones de la vida social compatible con el desapego de los afanes terrenales anteriormente predicado?.

Si en la ostentación de la alternativa de aislamiento hemos optado por representarnos y asir la fórmula que hemos denominado de aislamiento espiritual, en ella, como en ese punto hemos explicado, todas las virtudes relacionales están posibilitadas, al consistir ésta en una mera autoprivación de relaciones profundas.

Por ello es compatible plenamente con ella la implicación en iniciativas de solidaridad y promociones social de todo tipo (es más, dicha participación es a todas luces y en la mayoría de los casos un imperativo ético general) así como la ubicación y el activismo político, sí, pero con la toma de distancia y relativización de dichas implicaciones que en el capítulo de la prudencia originaria hemos descrito y prescrito y prescrito para salvaguardar nuestros a priorismos como personas: la intensidad y seguridad con que se nos presentan e intuimos dichas actividades como fines existenciales supremos y absorbentes de todas las demás consideraciones y ocupaciones son sin duda un peligro permanente para los mismos, y por lo tanto se hace pertinente aquí un especial celo en la actitud relativista y de perspectiva integral que impida una disolución en la implicación: se trataría en definitiva de proceder a una mesura del sacrificio que en racionalidad e independencia existencial humana estemos dispuestos a verter en dichas participaciones, y de tomar consciencia de que dicho sacrificio no puede nunca ampliarse a esa disolución (absorción), pues ninguna grandeza hay en lo no humano, en lo obrado mediante la anulación de contenidos esenciales de la personalidad.

5. Intrasocialidad.

Y cuando se ha interiorizado la ética de la instalación social hasta aquí expuesta, ya dentro de las relaciones sociales, el sujeto contempla y premedita la fenomenología de su presencia intrasocial en función de los nuevos principios y valores en ella incardinados, el más significativo e importante de los cuales es sin duda, dada la argumentación desarrollada, la independencia, en cuanto que estado a preservar en razón de su naturaleza de presupuesto necesario de toda ostentación real y posibilista de alternativas a la misma presencia social.

De esta reflexión surge, así, una nueva postura, que en lógica se ha de substanciar en la búsqueda de que el contenido de las relaciones mantenidas con el resto de los convivientes se reduzca, en aquellas susceptibles de un tratamiento ético o moral general, a una dación u oferta unidireccional y constante del sentido “yo versus ellos”, a un cumplimiento o práctica de esas ética y moral unilateral y unilateralista, es decir, que evite en la medida de lo posible el ser objeto de una actividad servicial proyectada sobre sí.

Ello se aparece evidente por cuanto que no es difícil apreciar la obstaculización que para todo sentimiento de independencia supone la reciprocidad en la prestación servicial o en la mera disponibilidad para ella explicitada, y más particularmente la sensación de endeudamiento moral que de haber sido objeto de una atención ajena nace: a fin de cuentas, no hay mayor determinante de la dependencia que la pendencia, que el deseo de correspondencia.

Se trata por lo tanto de ofertar, de acuerdo con los postulados de la ética general, nuestra asistencia en todos los niveles a los demás y de forma continuada, pero intentando al mismo tiempo simultanear con ella la elusión de, siempre (claro está) en la medida de lo racionalmente posible (que muchas veces es muy poco), la recepción de asistencia por parte de los otros, en tanto que dinámica o generadora de una dinámica de dependencias y por lo tanto de incondicionalidad en la integración social.

6. Esencialismo.

Un capítulo final en esta última orientación de la actividad intrasocial del sujeto será, además, y parejo (análogo en su sentido) al desarrollado en orden a la preservación de la independencia, el que haga mención al otro gran principio rector necesario para enfocar en sus justos términos aquélla: la conservación interior de lo espiritualmente esencial en el ser humano, esto es, el esencialismo interior.

No consiste éste sino en un esfuerzo por el mantenimiento de lo que de espontáneamente noble hay en las actitudes e inquietudes que naturalmente desarrollamos en nuestra infancia, de una actitud de sensibilidad y consciencia en la que en que en correcta hemos de crecer; estados estos que en la mayoría de las personas experimentan una notable degradación y desnaturalización, corrupción en definitiva, en función de su disolución en realismos conformistas y cotidianizadores, en malicias desenvolturistas o en los relativismos que les son consecuentes y les sirven de justificación.

Pues, al igual que ocurre con la anteriormente mencionada preservación de la independencia, sólo en la conservación de ese espíritu con el contenido de lo esencialmente humano podremos posibilitar un clima de asimiento auténtico de las alternativas originarias, de etización de nuestra inserción social, en su completa significación y en todas sus virtualidades.

No es en ninguno de los dos casos una relación de determinación, en efecto, pero sí de facilitación de un ambiente propicio para su planteamiento constante, para el permanente cuestionamiento de nuestra socialidad como inquietud en cuanto que sí es ella la que determina la patrimonialización ético-intelectual interior de esas salidas y de esa problemática.